

# Fantasías y fantasmas

## La perversion de las palabras, entre la realidad y la fantasía

Victor Herraiz

Tendemos hacia la fantasía porque no nos gusta el mundo real. Los poderosos también recurren a la fantasía y retuercen las palabras para enmascarar su responsabilidad. Si la parte derecha del cerebro insiste en soñar convertirá sus sueños en un mundo real más habitable.



Ilustración: Óscar Baiges

“ Las mismas palabras a veces dicen lo que dicen; a veces dicen lo contrario de lo que dicen. Y muchas, muchas veces, aun dichas no dicen nada. ”

Dicen los filólogos arropados por los descubrimientos recientes de la neurología, que tenemos dos cerebros o dos hemisferios de cerebro: el izquierdo, que se ocupa del pensamiento racional, analítico, matemático; y el derecho, en cuya área juegan las emociones, las fantasías, la intuición. Así que, para bien o para mal, nacemos con la

fantasía incorporada de serie. Somos dos en uno. Y esto sí que es en verdad interesante, pues nos permite decir que de algún modo la fantasía no está tan fuera de la realidad, o que incluso forma parte de ella, como el hemisferio derecho forma parte del cerebro.

Nos es imposible dejar de atender la realidad y la intentamos comprender cuando ésta nos acosa. Servimos a la realidad con obediente sumisión cuando ésta nos reclama perentoriamente para cubrir esta o aquella necesidad material. Pero, decidme si no es cierto: a nada que podemos, le damos el portazo a la realidad y nuestra imaginación vuela buscando la estela del último sueño

que espera ser cumplido.

No es bueno que el ser humano esté solo, solo con su realidad. ¡Qué tristeza! Eso ya lo intuyó hace muchos miles de años el Gen Universal Inescrutable. Y nos inseminó con unas pizcas de fantasía que desde entonces no cesa de perseguirnos como el tábano a la tierna vaca. ¡O en un viaje interminable por la tierra. La fantasía es para el ser humano ese mundo sin el cual vivir en el mundo real sería insoportable. Porque el mundo real se nos queda... corto. ¿O no es así? Desde este punto de vista poco importa si, de verdad, existe o no la fantasía: la necesitamos absolutamente.

Pienso, luego existo; decía el padre del positivismo. Si pienso la fantasía, ¿por qué no va a formar parte de mi mundo real? Si vivo con ella, si desayuno con ella antes de poner un pie en la calle y si es ella cuando vuelvo de la intemperie la que me quita las fiebres que enganchan en los roces del duro existir, ¿por qué voy a ser tan ingrato de negarle la existencia? Solemos darle mucho valor, demasiado, a eso que llamamos realidad, porque nos fiamos de la extensa videoteca que vamos almacenando en nuestro hemisferio izquierdo y porque la solidez de sus fórmulas e imágenes es lo que vamos vendiendo o alquilando al mercader, según necesitamos liquidez para sobrevivir. Y los mercaderes sopesan con cuidado lo que compran. Pero, cuando no nos ve nadie, volvemos a nuestro verdadero amor: la fantasía, porque secretamente lo que más nos gusta es ser portadores de sueños.

Hemos dicho que realidad e imaginación comparten lecho, o cuando menos se alojan en la misma habitación abovedada de nuestra cabeza. Pero hay más; otra cosa que comparten es el medio de expresión: las palabras.

“Las palabras — Luis Landero en *Absolución* (122) —, ¿no es ese nuestro mejor y más seguro hogar?”. Las palabras cobijan por igual el pozo de agua que sacia nuestra sed y el redondo pedacito de cielo que la rana ve desde su interior. ¿Qué son las palabras? ¿Son vehículo de comunicación y comprensión? ¿Son mimo, consuelo? ¿Son armas arrojadas y letales? ¿Son agresión y venganza? Hay quien crea, conforta y reanima con las palabras. Hay quien destruye, tortura y mata con solo pronunciarlas. Unas ensalzan y premian; otras vituperan y castigan. Unas hacen enloquecer, otras hastían. Unas sirven para declarar el amor. Otras para condenarte a prisión o incluso quitarte la vida.

Fascina la ambigüedad de las palabras. Las mismas palabras a veces dicen lo que dicen; a veces dicen lo contrario de lo que dicen. Y muchas,

muchas veces, aun dichas no dicen nada. Afirman o niegan, y aunque afirmen o nieguen, en realidad sentimos que nos hablan —más que por lo que han dicho— por lo que callan. ¿Cuánto silencio hace falta para dar valor a una palabra?

Las palabras son de verdad y de mentira, prometen y traicionan, acarician o maltratan, hacen de verdugo y de víctima. Tienen miga de realidad y vigas de fantasía. No son de nadie y son de todos. Pero sobre todo obedecen a quienes las usan.

**“ Los que tienen poder sobre la realidad, que son en realidad los que tienen el poder, utilizan la fantasía para hacer magia negra y tratar de que no veamos lo que de veras vemos: su culpabilidad. ”**

Tierra, pan, piel solo se entienden si yo las nombro y las bautizo para tomarlas u ofrecerlas. Amor, ironía, verdad, solo existen si bajándolas de la cósmica estantería donde están disponibles para todos las pronuncio para que tú las oigas y me prestes atención. La imaginación, la ficción, la fantasía utiliza la misma forma de expresión que las cosas de la tangible realidad: la palabra. Tenemos una dificultad. Si ambos mundos vienen expuestos con el mismo envoltorio, la palabra, ¿cómo distinguir con seguridad lo que es realidad y lo que es fantasía?

El problema es, como tantas cosas, de intención, de finalidad. Trepamos denodadamente al mundo de la fantasía porque el mundo real lo sentimos como un mundo insatisfactorio, imperfecto, mutilado, que buscamos completar en alguna parte con su envés. Es una ascensión noble, liderada por el arte, porque persigue la plenitud y la belleza. Aquí la palabra no engaña: sublima.

Sin embargo, están quienes se empeñan en enmascarar el mundo real, en ocultar sus lacerantes lacras, porque ellos mismos forman parte intrínseca de su deformidad. Los que tienen poder sobre la realidad, que son en realidad los que tienen el poder, utilizan la fantasía para hacer magia negra y tratar de que no veamos lo que de veras vemos: su culpabilidad. Llevan la batalla de modo obscuro al terreno de la palabra. Entonces retuercen a la palabra y la hacen mentir.

Son esos que a la economía de mercado llaman “libertad”; a la matanza de civiles “riesgo colateral”; a la emigración laboral “movilidad exterior”; al robo financiero “errores en la gestión”; al desahucio de la casa “vida por encima de sus posibilidades”; a los recortes sociales “base necesaria para el crecimiento”; al movimiento del 15 de mayo “golpistas del 18 de julio”.

Son esos que para maquillar la realidad saquean el lenguaje e invierten su significado hasta extremos delirantes, como decir que son los sindicatos los que crean el desempleo porque con la huelga hundieron el producto interior bruto alejando la inversión, o que son los escraches de los agraviados los que no respetan los derechos humanos de los cargos electos, cuando lo cierto es que esos cargos elaboraron las mismas leyes que despojan a los primeros de esos derechos. Por no hablar también de los que llegan al colmo de agredir con la palabra a la lengua llamando al catalán de la Franja LAPAO y al aragonés LAPAPYP.

Pero todas estas mistificaciones de la realidad estarán condenadas al fracaso, como las cortas alas y los caducos planes de sus autores, mientras nuestro hemisferio derecho, timón de la fantasía, siga el plan de vuelo que nos dejó en su cuaderno Antoine de Saint-Exupéry: “Haz de tu vida un sueño y de tus sueños, una realidad”.